

incapaz de resucitarla: el catolicismo, señala la Iglesia de la Edad-media, pero el mundo no quiere retroceder hasta allí. Planteada así la cuestión las conferencias son inútiles. No es en el pasado, sino en el porvenir donde debe verificarse la alianza.

El católico en nuestros días no tolera ni aún la idea de que el protestante, después de su muerte, yazga en el mismo polvo que él; si esto sucede por equivocación, desentierra y lanza lejos sus cenizas. El último término de la barbarie se da aquí la mano con el último término de la impiedad, puesto que no se quiere ni aún la fraternidad del grano de arena y se pone un empeño obstinado en desesperar de la eternidad. ¡Estáis separados en un instante del tiempo; guardad al menos los siglos de los siglos para reconciliaros!

¡Hoy el catolicismo no hace la guerra á la reforma! la cree medio vencida y triunfa anticipadamente. Sin embargo, debe reflexionar. Lutero envejecido puede espantarse de su obra: Melancton agotado puede llorar; pero el género humano es por sí mismo un inmortal reformador. Si llora como Melancton, no son lágrimas de desfallecimiento ó de pavora.

CONFERENCIA XI.

AMÉRICA Y LA REFORMA

Dáse el nuevo mundo á un espíritu nuevo.—Cristóbal Colon, misionero é innovador.—Su heregía más verdadera que la antigua ortodoxia.—La Iglesia de la Edad-media en América queda inferior á la religion y al ideal de Colon.—Lucha del catolicismo y de la reforma en el antiguo y nuevo mundo.—La monarquía española, expresion política del catolicismo moderno.—El Escorial.—¿Porqué la Inquisicion ha sido una institucion peculiar de España?—Como ha comprendido la Península la union de Cristo y de Mahoma en la religion y en la política.—Santa Teresa, acento de los pueblos del Mediodía.—El protestantismo se defiende con instituciones en el Norte.—La revolucion de Inglaterra.—El alma de la reforma en una sociedad feudal.—¿En dónde está el ideal de la constitucion inglesa?—El principio social del protestantismo acaba de realizarse en la democracia de los Estados-Unidos.—El Catolicismo en la América meridional.—Principio de contradiccion en las Repúblicas del Sur.—De la unidad moral que buscaba Colon.

La reforma largo tiempo preparada se ha cumplido, y acontece á la vez que un nuevo mundo surge del fondo de los mares, como si el Creador, extendiendo su obra, hubiera querido mostrar al hombre que era llegada la hora de extender y renovar su espíritu. Porque no tan sólo

es una combinacion científica lo que guia á Colon en el camino de América, es con ella una nueva idea religiosa. El hastío del antiguo mundo le abrumba, no respira á su placer en los límites conocidos, aspira á lo que sus ojos no ven, arde en deseos de unir lo que está separado, de comprender el universo entero en un círculo de caridad. Ese navegante es, en lo espiritual, el más grande de los misioneros; el mundo moral que lleva en sí es tan nuevo como el mundo físico que va á descubrir.

¿A qué distancia no estaba la vieja Iglesia del hombre que reunia las profecias de los cristianos, de los mahometanos, de los judios, de los paganos en una misma palabra de vida, y que de la creencia religiosa del género humano se elevaba á la vista clara de los destinos del globo? (1) Hay en él algo de Juana d' Arc y de Galileo, es el primero de los cruzados del mundo moderno. Arrastrado mas allá de los mares por la inspiracion de todas las Iglesias, atraviesa la inmensidad sobre los grifones alados de Isaias y de Ezequiel. Ortodoxia nueva que mezcla (2) lo que el catolicismo adora y lo que maldice, el Evangelio, el Talmud, el

(1) «Digo que el Espíritu Santo obra en los Cristianos, los Judios, los Moros y todas las demás sectas. Para la ejecucion de la empresa de las yadias ni las matemáticas ni los mapa-mundis me bastaron, pero la palabra de Isaias se cumplió, etc.»

(2) Ben Ismael, Séneca y Joaquin de Floro.

Coran. El Espíritu, ántes de partir, reconcentra sus fuerzas, abre, extiende sus alas en toda su extension para atravesar el abismo. Nadie habia desplegado todavia en su interior una creencia tan vasta y por decirlo así, un tan gran véla-men. El pensamiento de un pueblo, de una raza de hombres, de una secta, de una comunión particular, desaparece en Cristóbal Colon ante la humanidad; franquea el mismo cristianismo. Desde lo alto de todas las Iglesias acumuladas apercibe con los ojos del alma como desde lo alto de una torre, el nuevo mundo á través de los mares. Unidad, solidaridad, indivisibilidad moral del universo, este sentimiento respira en la más insinificante de sus palabras. Diríais que invade su espíritu un pensamiento cosmogónico, una idea de la grande alma del universo; y para que se liberte con más facilidad de los límites del pasado, ese revelador recibe su educacion sin mancha en medio de los mares, como Moisés en el desierto: su corazon se abre y se dilata en lo infinito.

Hé aquí al espíritu nuevo á quien fué concedido el nuevo mundo; todo parecia decir á la antigua Iglesia: representais al creador con los rasgos de la vejez ó inmóvil en su cruz, no sentís germinar la vida en lo que á cada paso se os manifiesta á la vista, y porque vuestra alma languidece, pensais que el libro de la naturaleza y de la vida se han cerrado para siempre; á fin de sacaros de vuestro estupor voy á hacer que surja un

nuevo universo. Todo llamará allí la atención con su carácter ingénuo y desconocido; los senderos del Eden no habrán sido ménos hollados que los de esa tierra en que todo será virgen. Allí te esperan hermanos, desnudos de cuerpo y de espíritu. Los vestirás, los calentarás, los nutrirás con tu propia sustancia. Este nuevo progreso de la creación señalará un nuevo progreso en la humanidad: trasportada á un segundo Génesis, la Iglesia de la Edad-media entrará en una segunda época. El contacto de tantas maravillas le volverá el don de las maravillas, el amor, la inocencia, la fecundidad del mundo naciente con la sabiduría del mundo antiguo. En esas inmensas soledades el árbol de la ciencia del bien y del mal no ha desplegado aún sus hojas sobre nadie; la Iglesia es dueña de renovarse á su sombra puede en un día purificarse de todo el pasado en las fuentes del nuevo universo.

Al arribar á América la Iglesia de la Edad-media, estas palabras se leían en todos los objetos, pero nadie las escuchaba.

En vez de la grande alma de Cristóbal Colon que parecia salir de las entrañas del Universo ¿sabeis qué espíritu llevó allí el catolicismo? Hernan-Cortés estimaba que los sacerdotes españoles eran muy inferiores á los sacerdotes mejicanos: comprendo que sea esto una exageracion del vencedor, pero es incontestable que una creación entera surge del fondo del océano, y que

esta maravilla de las maravillas no dice, no inspira nada á la Iglesia. El Papa Borgia se contenta con trazar con su dedo el meridiano que separa los dominios españoles de los dominios portugueses. Hélo aquí todo. No se celebra siquiera con un cántico la última jornada del Creador. Los abismos se entreabren los dias de Génesis reaparecen; nadie se apercibe de ello: el rumor de la política de los pequeños príncipes de Italia cubre el murmullo del universo naciente.

¿Qué vienen á ser los vastos pensamientos que habian sostenido á Cristóbal Colon, la idea de encontrar en América el desenlace de la política sagrada, de que este mundo sirviera para la alianza y la unidad del mundo moral, de bautizar la nueva tierra en un nuevo amor? Estos pensamientos han brillado tambien en nuestros dias, pero no habiéndolos comprendido la Iglesia en el instante del descubrimiento, el hecho más religioso del mundo moderno pierde enseguida su significacion. Queda de los designios del Creador la imágen de una tierra en que el oro se mezcla á todo, el Eden espiritual donde el género humano debia encontrar el cumplimiento de las Escrituras no es mas que un Elderado. Si seguís á los conquistadores os apercibireis á cada paso de que la Iglesia no ha comprendido el carácter divino de esa revelacion de un mundo á otro, penetra en sus islas, á través de sus bosques, en aquel *Paraiso* (1) sin ningun entu-

(1) Es la palabra de Colon.

siasmo: ve tan sólo una provincia mas que añadir á sus provincias. Cuando hubiérase necesitado una caridad inmensa para abrazar ambos continentes y adaptarse á la creacion engrandecida, en vez de dilatarse, se cierra; se forja un Cristo con los *brazos cruzados*, que ahoga y rompe sobre su pecho el universo demasiado vasto. El bautismo de amor de Cristóbal Colon se convierte en un bautismo de sangre. No viendo ningun signo de porvenir en la ocupacion de un continente nuevo, el entusiasmo que el descubrimiento no habia podido menos de excitar, se consagró á esprimirlo extrayendo de él el oro que contenia.

En lo que deberia ser una comunicacion entre Europa y América, los españoles no hallaron sino la ocasion de despojar en una noche á todo un universo. Parecia que el nuevo continente iba á recaer en su antiguo abismo; hasta tal punto se apresuraban á conducir léjos de él su más pura sustancia; de grado ó por fuerza los sacerdotes se apoderaban del alma, los soldados del oro. En vez de celebrar la nueva creacion, sólo se ocupaban en agotar sus fuentes.

Si algo hay evidente para mí, es que la Iglesia de la Edad-media faltó, al descubrirse América, á la mision más grande de los tiempos modernos. Maldijo la tierra inocente, tan limpia de mancilla como el rocío del Eden; persiguió mortalmente á razas que salian del abismo, no pidiendo otra cosa que el bautismo del

porvenir, y cuando todo llamaba por boca de los indígenas en el fondo de sus bosques al *Gran Espiritu*, no llevó consigo sino el más pequeño de los espíritus del pasado. Casó un alma gastada con una naturaleza virgen, y todo lo esterilizó.

«Es preciso que España haya cometido en el nuevo mundo algun gran atentado para ser castigada tan duramente por su propia conquista.» Esta confesion constituye la principal belleza poética de la Araucana de Ercilla; aún hoy manan sangre y claman contra los *godos* las piedras de Chile. Si preguntais á España desde cuando está inculto tal campo ó despoblado tal valle, casi siempre se remonta su origen á la conquista de América. El oro arrancado por la violencia, arruinó á los depredadores. Surge del nuevo mundo defraudado en sus esperanzas un anatema contra los conquistadores. ¡Extraña compensacion, América vencida ha robado á España y á Portugal sus habitantes y su fortuna!

En el punto de la Península de donde partian los buques para las Indias Orientales y Occidentales, elévase todavía un monumento del siglo XVI. Se llama el convento de Belen (1) y refleja todo el génio aventurero de esta época: grandes mástiles de piedra sirven

(1) Los arcos del convento de Belen están cerrados.

de columnas al templo: cuerdas y cables de mármol se anudan al rededor del edificio: la Iglesia es un bajel que se apareja para levar anclas. Los ornamentos de escultura son sirenas que nadan en las olas: loros, frutos de la India, cuadrumanos que se mecen en bejucos, escudos, hachas, casi por todas partes el globo envuelto en una corona. Algo más léjos una gran torre mira al mar: sus fundamentos se apoyan en cuatro grandes hipopótamos de piedra que indican el génio anfíbio de la Península. Nada más triste ahora que esos aprestos, nada revela mejor la especie de condenacion de que anteriormente hablaba; ese bajel tan bien empavesado para toda la eternidad no tiene pasajeros; esos hipopótamos de granito no avanzan ya hácia el mar.

Lo que no pudo hacer el prodigio de una creacion nueva, lo consiguió la reforma, despertando al catolicismo de su letargo. La obra de Dios no conmovió á nadie; la revolucion de los hombres resucita á la Iglesia. Es hermoso ver como ese gran cuerpo que parecia caido para siempre, se hiergue y despliega fuerzas que no estaban sino adormecidas. En este momento de sorpresa la Iglesia es salvada por el mundo, el papado por la monarquía. Se encuentra en la extremidad del Mediodia un hombre, Felipe II, que siendo opuesto en un todo á Lutero, abate su furor ántes que nadie. Nunca el ódio al porvenir estuvo mejor y más na-

turalmente representado. La fisonomía misma de Felipe II tiene la rigidez inexorable de la muerte; reina invisible como desde el fondo de un sepulcro; en torno suyo se extiende el silencio de los cementerios. En su ódio á la vida petrifica su inmenso imperio; si hubiera podido, habria helado con su mirada el resplandor del sol de España.

Quien no haya visto el Escorial no se figurará nunca la fortaleza en que se encastilló el espíritu del pasado, desafiando al porvenir; sus muros de granito de aspecto egipcio, sus torreones, sus cláustros, sus castillos, su palacio lleno de celdas, todo está dedicado á la muerte. ¿Cómo podría franquear su recinto una sola idea del mundo moderno? Vése en cada una de sus piedras que ha invadido el mismo terror á la Iglesia y á la monarquía; refúgiase una en otra; estréchase una contra otra, como en un temblor de tierra. La Iglesia se defiende con el palacio, el palacio con la Iglesia; en medio de la sombra más profunda el pálido espectro de Felipe II está arrodillado ante el altar. De recinto en recinto, de palacio en palacio, de cláustro en cláustro llegais por fin á la habitacion, centro y fundamento del edificio; esa habitacion sólo encierra tumbas como una pirámide de Egipto. Todo el Escorial parece una inmensa tumba en que se apoyan España y el génio de la Europa meridional en el siglo XVI.

En efecto, colócase España alrededor de esa necrópolis para sostener su lucha con el protestantismo. Esta misión le corresponde de derecho; acostumbrada á la guerra santa con el islamismo, no necesita sino cambiar de frente para encontrarse completamente armada contra la reforma. En América donde habria sido preciso atraerse un mundo por medio de la caridad, fracasó; pero desde que se trata de aborrecer, de combatir, de continuar la guerra santa, se manifiesta su génio. Dos milicias particulares se forman en su seno, la inquisición y el jesuitismo. (1) La primera es propiedad exclusiva suya. Ese fondo de violencia musulmana cubierta con la mansedumbre de los apóstoles, esa espada de fuego de Mahoma en la mano helada de Felipe II, ese ardor del desierto, ese secreto del Escorial, esos dos génios del Corán y del Evangelio asociados tan sólo en una alianza de cólera y de ódio, todo esto hace del santo oficio una institución que no podia desenvolverse sino en España.

Hay quien no comprende aún cómo semejante combinación pudo ser popular; pero es que no ha sido estudiada sino muy superficialmente. La

(1) En lo que concierne á la compañía de Jesús y al Concilio de Trento, véase el libro *Los Jesuitas y El Ultramontanismo*.

misma mezcla que se ha formado en todas partes, en España, entre el mahometismo y el cristianismo, en la lengua, la arquitectura, los romances, la poesía, las letras, se cumple en esa legislación increíble del santo oficio. Mahoma inspira el principio, el exterminio; el cristianismo une á él las apariencias de una dulzura inagotable; la monarquía añade el silencio, las tinieblas. De ahí la facilidad con que era obedecida una institución que renacia de todas las cosas. Alah exterminador y Cristo doliente de la Edad-media, se identificaban y vivían en el alma del inquisidor. Dos religiones mortalmente enemigas, asociándose y reuniendo sus terrores para engendrar un mónstruo de cólera, he aquí lo que ha asombrado y helado al resto del mundo.

De esa mezcla prodigiosa proceden á la vez la violencia inexorable en los castigos y la ternura, la conmiseración en las palabras; el contraste entre la tortura implacable y la misericordia de los interrogatorios oficiales. Que se desnaturalice cuanto se quiera el cristianismo, nunca se podrá constituir la Inquisición; necesitase para llegar á ella hacer entrar en el Evangelio el fermento de otro culto. Francia, Italia, en el paroxismo de su cólera, rechazan este arma, sienten en el fondo de dicha institución un germen extraño, el alma de los desiertos de África, que las espanta, porque les es imposible darse cuenta de ella por las tradiciones cristianas.

España ha sellado el contrato de Cristo y de Mahoma en la venganza: ha aplastado á sus enemigos entre dos religiones, como si no hubiera tenido bastante fé en el poder de ódio del cristianismo. En el pórtico de la inquisicion se leian estas palabras!: «*jeste lugar es terrible! Terribilis est iste locus!*» En efecto, el que entraba allí, encontrábase torturado en sentidos opuestos por la violencia de Mahoma y por la mansedumbre de Cristo, sentíase precipitado en una region donde en cada palabra del Evangelio fulguraba un relámpago del Coran. Las palabras más usuales perdian su sentido, el hombre no podia decir nada al hombre, la paz significaba la guerra. La palabra más dulce del Evangelio destilaba la sangre de las cimitarras.

Acúsase al catolicismo de haber producido la inquisicion; acabamos de absolverle á medias. Entregado á sí sólo, jamás habria concebido tal prodigio de ódio; fué necesario para ello no sólo reunir dos infiernos, sino atizar el uno con el otro.

A la vez que esa milicia disfrazada defendia la entrada de España y del Mediodía, la sociedad de Jesus trasponía los Pirineos. Hay tres razones para que no haya sido nunca popular en España el jesuitismo: su espíritu cosmopolita y su instinto político. La flexibilidad del jesuitismo se aviene mal con la rigidez de España: tantas precauciones, tantos ambages y miramientos, se concilian mal con un país que no discutía, sino

que quemaba á los hereges, no transigiendo con ellos hasta convertirlos. Los inquisidores debian naturalmente prevalecer sobre las demás órdenes.

Por lo demás, ni Felipe II, ni la inquisicion, ni los jesuitas, habrian impedido, que la vida nueva se extendiese, si un poder más real no hubiese combatido por ellos. Detrás de esos ejércitos espirituales que se mueven para aplastar al Norte, oigo una voz que puede considerarse como la del corazon mismo de todos los pueblos del Mediodía; es la de Santa Teresa. ¡Escuchadla! ella explica porque se detiene la reforma. El protestantismo tiene doctores, héroes; es audaz, agrada al espíritu, lo subyuga, y sin embargo, algo le falta cuando no se ha elevado nunca al nivel del corazon de Santa Teresa. Hay un alma que se siente mortalmente herida del golpe que recibe Cristo en la excision de su Iglesia; llora con Cristo á la noticia del triunfo de los luteranos, y establece una órden para combatir, pero sólo con las lágrimas, el silencio, el dolor, el amor. En medio de la lucha del Norte y del Mediodía de Europa, la voz de Santa Teresa es la oracion de la tierra estremecida: «¡Qué es esto, exclama, señor y Dios mio! La tierra se abrasa: ó poned fin al mundo, ó dad remedio para tan grandes males, que no hay corazon que pueda soportarlos.» En este grito de Santa Teresa hay un estremecimiento maternal, como en el grito de María al pié de la cruz. No se habia oido en